



## RESEÑA

**JAVIER GUIJARRO CEBALLOS. *MELANCOLÍA DEL HIELO* (ESPAÑA: EDITORA REGIONAL DE EXTREMADURA. PLURAL/ENSAYO, 2010), 378 PÁGINAS.**

Por: **Mg. Eddie Morales Piña\***

“La Antártida. Continente inhóspito, casi por completo deshabitado. Tierra extrema en sus fríos, azotada por las ventiscas. Último reducto de una naturaleza virgen, apenas hollada por el hombre y su cultura civilizadora y técnica, pero expuesta frágilmente a las amenazas de la reducción de la capa de ozono y del calentamiento global”.

El párrafo precedente es el discurso de apertura de este interesante ensayo de Javier Guijarro Ceballos, académico de la Universidad de Extremadura en Cáceres (España) donde enseña Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, cuyo referente temático y escritural es el continente antártico. Se trata de un contundente y apretado texto investigativo que demuestra la erudición y la solvencia interpretativa de su autor al momento de acceder a las diversas discursividades que han abordado el *finis terrae*. Los formatos discursivos van desde los memorialísticos hasta los estrictamente ficcionales pasando por los textos híbridos y los que tienen como mera referencia a la Antártida.

El libro se abre con una extensa introducción que responde a la pregunta: ¿Por qué la Antártida? Pregunta retórica que, como respuesta, tiene un elaborado prolegómeno donde Guijarro Ceballos se extiende en consideraciones teóricas, tanto de la perspectiva literaria como historiográfica con el fin de contextualizar la emergencia de los textos que a lo largo de la historia han tenido como *locus* a aquel “continente inhóspito, casi por completo deshabitado”, como lo manifiesta en las primeras palabras con que se abre el ensayo. Porque la Antártida no sólo ha sido visitada *in situ* y mostrada en una textualidad histórica como en la obra del escritor chileno Salvador Reyes titulada “*El continente de los hombres solos*”, sino también imaginariamente por los escritores, quienes la han ficcionalizado como un *topos*, un espacio otro, donde todo es posible, desde las visiones románticas o fantásticas, al estilo de los relatos de Edgar Allan Poe o Howard P. Lovecraft (o la del chileno Francisco Coloane: “*Los conquistadores de la Antártida*”), hasta las de un espacio marginal que aflora en el discurso femenino de Úrsula Le Guin, pasando por discursos hegemónicos y subalternos.

En estas páginas introductorias el autor del libro da cuenta de cómo fue configurando el corpus discursivo cuyo referente ha sido el sexto continente. Guijarro Ceballos con gran agudeza retórica define lo que él entiende por el rubro “discursos antárticos”; argumenta que “el género del

---

\* **Correspondencia:** Eddie Morales Piña. Universidad de Playa Ancha, Facultad de Humanidades. Avda. Playa Ancha 850, Valparaíso, Chile. emorales@upla.cl

discurso antártico incluye todo texto narrativo, de cualquier época o lengua, cuyo desarrollo fundamental se sitúa en el continente antártico, de entre los cuales sólo unos cuantos me han sido accesibles, precisamente aquéllos que me han permitido inventarles un nombre que los defina y agrupe”. Seguidamente, afirma que los requisitos básicos para el hospedaje –son sus palabras- en esa discursividad necesariamente son el carácter diegético y ubicación espacial íntegra o mayoritariamente antártica. En otras palabras, lo que define al rubro en cuestión es la narratividad situada en el espacio real o ficticio antártico; es decir, los textos seleccionados para su análisis e interpretación, son relatos, donde un enunciante cuenta a otro –llamado narratario- una historia que acontece o tiene una ligazón con el continente antártico; y, a veces, sucede que *locus* no es más que un pre-texto, o una metáfora alusiva a situaciones que el propio enunciante ha experimentado alejado de dicho espacio referencial, como sucede con Ariel Dorfman, por ejemplo. De todos maneras, lo que se detecta en todo discurso antártico sea histórico propiamente dicho, o ficcional derechamente es la actitud dialogante y arborescente que se establece entre ellos; es como si el *topos* llamado Antártida se constituyera en el macrotexto de los diversas textualidades. Por tanto, la Antártida como espacio referencial ha creado a lo largo de la historia un juego intertextual donde los textos dialogan entre sí complementando la imagen muchas veces maravillosa o fantástica con que se connota dicho espacio.

La obra de Guijarro Ceballos es, por tanto, no sólo la presentación e interpretación de textos cuyos enunciados están asentados en el continente antártico, sino que en sentido estricto se constituye por sí mismo en una especie de *canon antártico*. Si Guijarro Ceballos alude a la *Vulgata* al momento de inscribir en el canon la leyenda antártica desde la “época heroica”, asociada a las figuras de Scot, Amundsen y Schackleton, y que se remonta, a su vez, al capitán James Cook, su propio libro “*Melancolía del hielo*” de por sí es una *Vulgata*, por cuanto recoge e inscribe –por tanto- canoniza narratividades y enunciados que, indudablemente, están entre lo más destacado del registro metadiscursivo antártico, tanto en los discursos netamente referenciales o testimoniales y aquellos otros que han privilegiado la recreación del *locus antártico*, esto es, los literarios propiamente dichos.

La actitud crítica del autor del libro en comento y que detectamos en la metalectura crítica, es decir, la de aquel sujeto lector que a su vez, lee críticamente, proviene desde distintas vertientes exegético-hermenéuticas de la retórica. Pero creemos que la que prevalece es la que propone un acercamiento al texto con el fin de desentrañar sus sentidos sobre la base de la reconstitución de los contextos, o de los horizontes de expectativas que dichos textos satisficieron al momento de su emergencia histórica; en otras palabras, el texto como un discurso apelativo que se pone en acto al momento de la lectura, en el instante de su recepción crítica. Lo anterior, no obsta que dichos discursos antárticos tuvieron o han tenido una recepción histórica, pero que ahora son releídos por el crítico indagando en sus textualidades para desentrañarles el sentido. Exégesis y hermenéutica, por tanto, en el acto de lectura y en el cómo (re) leer la Antártida.

La red de significaciones que Guijarro Ceballos va entretejiendo en la (re) lectura de los discursos antárticos, y que es nuestro transitar por las páginas del libro, metafóricamente, es *un jardín de senderos que se bifurcan*. La oración puesta en cursiva alude al título de un cuento de Jorge Luis Borges, y me parece muy adecuada para connotar la obra de Guijarro Ceballos, pues como lectores nos adentramos en su discursividad y esta se abre como un abanico; el despliegue

teórico-crítico del ensayo es sorprendente por la cantidad de información que ofrece, así como por la abundante presentación de citas complementarias de carácter explicativo al final de cada capítulo que, a su vez, remiten a otros textos. En este sentido, la arborescencia del texto, puede desconcertar a los lectores; sin embargo, responde a los requerimientos de un trabajo de esta naturaleza, es decir, una investigación académica acerca de un espacio narrativo, el *locus*, el *topos*, con que la Antártida, el continente “inhóspito, casi por completo deshabitado”, es configurado y plasmado –por tanto, creado-, lingüísticamente.

La *Vulgata* antártica de Guijarro Ceballos comienza por la literatura y termina en ella misma. Verdadero círculo hermenéutico que abre y concluye la discursividad del ensayo. El autor principia con la enigmática novela de Edgar Allan Poe titulada “*Narración de Arthur Gordon Pym*” de 1838 y “*La esfinge de los hielos*” de Julio Verne de 1897, y desemboca en el relato de la escritora norteamericana Úrsula Le Guin con el sintético título de “*Sur*”, guiño escritural al cuento borgeano y a la Revista *Sur* donde el propio argentino escribía. Si Poe y Verne instituyeron dentro del canon un tipo de relación enmarcada dentro de los ámbitos de la literatura romántico-fantástica y en los parámetros de la novela de aventuras, donde los hombres ejecutan las acciones en el espacio antártico, Le Guin, por el contrario, presenta la denuncia feminista del canon: la “subversiva mirada de la autora sobre el discurso antártico “machista”. Figura principalísima en la configuración lingüístico-literario del hielo antártico es Howard P. Lovecraft con su sorprendente relato “*En las montañas de la locura*” (1936), relato acerca de un horror infernal del Antártico que descentra las novelas decimonónicas por su temática. El chileno Ariel Dorman con su novela del año 2000 que lleva por título “*La Nana y el iceberg*”, pone el discurso antártico en una situación distinta, por cuanto la Antártida no es más que el pre-texto que le sirve al escritor para elaborar metafórica y parabólicamente la imagen de Chile a partir del arranque de un iceberg antártico de un trozo de hielo para llevar a la Exposición Universal de Sevilla en 1992 con ocasión del Quinto Centenario del Descubrimiento.

La configuración lingüística del canon antártico, ciertamente, que está plasmada, como lo hemos consignado en los párrafos anteriores, en discursos referenciales; la retórica literaria considera entre estos, a los diarios de navegación o de viajes, a las bitácoras, al epistolario, a las crónicas, a los testimonios; es decir, todos aquellos discursos donde el enunciante es un sujeto histórico que narrativiza una experiencia de vida. En este sentido, la Antártida se ha visto privilegiada por los géneros referenciales, pues han sido ellos quienes han visibilizado el locus antártico. El libro de Guijarro Ceballos así lo demuestra cuando argumenta que fue Frank Debenham con su relato “*Antártida. Historia de un continente*” quien crea la “leyenda” antártica, donde estarán los personajes que la Historia ha conservado en el imaginario antártico, a saber Scout, Amundsen, Shackleton, el Piloto Pardo, y todos los que ha hollado el lugar cuyo rasgo esencial a juicio de Debenham es su “inhabitabilidad”.

En definitiva, el libro de Javier Guijarro Ceballos nos revela una imagen global del locus antártico donde la lectura de su obra nos provoca el placer del texto –diría Barthes-, a partir de su propio título que remite a uno de los viajeros antárticos, Peter Matthiessen en *El fin de la Tierra. Viajes a la Antártida*. Es la nostalgia del hielo, una suerte de *scala coeli* la que nos ha hecho vislumbrar la lectura alucinante de este ensayo magistral.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La reproducción parcial de este artículo se encuentra autorizada y la reproducción total debe hacerse con permiso de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

Los artículo publicado en *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* se encuentran bajo licencia Creative Commons CC BY-NC 4.0.

